

Ordóñez Roig, Vicente (2022): *Espacio y jerarquía. Apuntes para una geometría radical*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 188 pp.

Resulta curioso que un ensayo abiertamente destinado a la polémica sensata y la controversia crítica sea víctima ahora de una reseña cuyos destinatarios, en su mayoría, serán residentes de las instituciones universitarias que principalmente se denuncian aquí como conformadoras de jerárquicos espacios epistemológicos y que, además, como reseña “científica”, se vaya a tener que expurgar algunas de las virtudes radicales que quiere proporcionarnos el libro. Para mantener cierto aroma del propio texto reseñado, confluir y hermanarse con las aristas de una nueva geometría con la que aproximarse a la ontología de las cosas, una reseña adecuada no debería excederse en las grandes aseveraciones ni tomar partido por sus victorias conseguidas, a riesgo de caer en el tipo de indulgencia acrítica que cuestionan sus principales tesis. Es así, en mi opinión, como debe aproximarse a un tipo de libro que agradecería acomodo en un bar nocturno frecuentado por cuadrillas de jóvenes inquietos antes que en las casetas de promoción intelectual, y en los estantes arbitrarios de una asociación vecinal antes que en la librería privada del rector.

El punto clave de todo el opúsculo es entender que las líneas de acción lógico-científica que forman parte de la existencia humana individual, con las cuales el sapiens ha entendido históricamente a entenderse con el mundo (aunque no solamente), conforman los espacios en los que luego se desarrollan los grupos sociales. El proceso se inicia mediante una estructura tripartita: 1) el terreno espacial como objeto de análisis y deconstrucción (o destrucción), 2) la forma en que las prácticas, discursos e ideologías se conforman en esos espacios -ante los que quedan dependientes ontológicamente- y, finalmente, 3) la venturosa propuesta de ruptura desde la misma geometría radical. Y sin embargo, no todo sigue la misma relación causa-efecto aquí descrita: nos advierte rápidamente el ensayo que los espacios epistemológicos, como centros de poder y autoridad, están en condiciones de moldear los modos de vida tanto privados como comunitarios, y la dominación sucede habitualmente desde una causa institucional que ha logrado cercenar, a través de la fuerza y el conflicto o del maquiavelismo y las corruptelas, un espacio anteriormente ajeno a las delimitaciones de propiedad.

Los grandes creadores y persistentes de este tipo de espacios (Estados, agencias de seguridad nacional, industrias tecnológicas, universidades...) consiguen domeñar la realidad en sus terrenos con las herramientas métricas, secuenciales y lógicas desde un tipo particular de racionalidad regida por los preceptos de la geometría clásica. Este es el trasvase inicial de lo geométrico a lo legal, al terreno político que condiciona la realidad social. El primer apartado del libro indaga a través de hiatos, nudos y alfileres el uso clásico del conocimiento geométrico para la estabilización de tales emolumentos espaciales.

Pero hay otro modo, no secuencial, no estrictamente lógico ni eminentemente científico, que no busca la mayor resolución con el menor coste económico o

energético y que no es dependiente de ningún centro o punto de salida, porque no le interesa una línea unidireccional: la geometría radical trata sobre esto. Se podría decir que es una sacudida en la forma clásica de pensar el espacio creador de sentido existencial, y que sin embargo no es nueva. Una voz que en el sapiens nunca está seguro de dónde procede, y quizás esa sea el gran auspicio de la ciencia estricta y certera de sí misma, cacique en las normas de un territorio donde se sabe con la verdad absoluta por matemática, por previsible y normativa. En el sapiens, aun manteniendo cierta vocación jerárquica (p. 37), coinciden otros rostros que, para gran desesperación para los baluartes del pensamiento clásico, niegan la correlación entre la sana razón y la escondida pero incipiente locura. Esta geometría alternativa es la señalización de una senda que no en sí misma desconocida, pero sí poco transitada: un camino de tierra en el que las huellas han quedado borradas y siempre exige aproximaciones tentativas. Su formulación aquí queda detallada en epígrafes y topónimos tendentes a la exploración, algo que desde siempre ha quedado unido de algún modo al sentir anticorporativo, al pensamiento escéptico junto al pirronismo, al uso de lenguajes más bien ditirámicos. Una afrenta al conformismo ilustrado.

En los espacios epistemológicos señalados en este libro -espacios que auspician mediante sus técnicas depuradas las formas de actuación y pensamiento de quienes recaen en ellos- el acceso al conocimiento es restringido y decidido por la cúpula jerárquica dominante, creado bajo su técnica o anexionado bajo su fuerza, cuando no las dos. Por ello el epíteto “epistemológico”: crea su propio saber acotado y dirigido a un fin, con el cual pretende, como es obvio, reproducirse y mantenerse en el tiempo. Nos recuerda el autor que nadie acota un lugar si no es con la intención de decir “esto es mío”, y proceder a marcar a fuego la concupiscencia del poder con su espacio. El sapiens ha visto esto como un uso más de su intelecto hacia el mundo exterior de forma casi inevitable (“conocer el espacio es ya cercenarlo, apropiárselo, dominarlo”, p. 110), y las bondades de esquemas fisicomatemáticos y científicotécnicos han producido el resto y minimizado las otras formulaciones tanto o más humanas. El problema, en el fondo, es la radicalización de este uso, la deriva autoritaria que de estos espacios hacen las jerarquías que los controlan, cuya lógica de actuación no solo está presente solo en los espacios de alta política o de la industria militar -lo que ya sería denunciabile- sino en cuestiones sociales del derecho básico como son la educación o la salud poblacional.

¿Cuál sería, para el autor, la alternativa geométrico-espacial de la concepción hegemónica aquí descrita? Si hablamos de un conocimiento como tentativa de acercarse a una realidad más bien furtiva, desanclada ya de los soportes rígidos de la numeración que asegura una lógica objetiva, la alternativa recae en el escenario del lenguaje poético: “la poesía puede decir la verdad, aunque la verdad contenida en el poema sea siempre negativa y fronteriza, limítrofe, no completa o absoluta” (p. 164), lo que nos da una idea de cuáles serán los posibles resortes compositores de la nueva geometría.

Si para Hans Blumenberg la característica condicionante del sapiens residía, fundamentalmente, en su indigencia biológica, ante la cual la existencia misma de la especie quedaba a merced de sus posibilidades simbólicas con las que aproximarse -asimismo tentativamente, nunca de forma directa- al medio que le rodeaba, la poesía mantiene su indigencia ontológica, a la vez como lastre y virtud. El absolutismo de la realidad, que azota al despavorido sapiens de Blumenberg, es la presencia que al poeta le exige el canto. Solo en tal intento se hace consciente al poeta el “abismo que

media entre lenguaje y realidad” (p. 163). El intento será siempre aproximación a ciegas y nunca efectivamente lograda, y ahí reside su función de creador de veredas incompletas; las únicas que, en sus inconexas y simuladas verdades, están capacitadas para ensayar conocimientos compartidos por la subjetividad disidente.

La geometría radical queda imbricada en espacios concretos, no jerárquicos ni impersonales, sino intimistas y a la vez solidarios; en voces autónomas que, agrupadas en formas más bien horizontales, establecen un inacabable proceso de discusión crítica, no necesariamente postulando fin hipotético alguno, y sí desde las perspectivas existenciales -difícilmente identificables, por tanto- de la situación contextual en la que se provoca y surge el intercambio de ideas. Por eso quizás no sorprenda aquí la formulación antiplatónica que sugiere el libro en tanto que desprendimiento de las abstracciones eidéticas, puramente formales o retóricas y que descuidan las realidades materiales que son los polos que fungen de coordenadas para la actuación. En efecto, se anda reivindicando la reflexión sobre las cosas más próximas que conforman nuestro personal “alrededor”, sobre las cuales mantenemos un vínculo constante, directo, que nos condicionan el pensamiento y, sobre todo, la intuición. Del mismo modo, no sorprende que el libro requiera desprenderse de la máxima atribuida a la academia platónica, aquella frase célebre que prohibía la entrada a quien no supiera geometría. La equivalencia actual, para el autor, significa que “no es bienvenido nadie que no se haya formado en el espacio potestativo configurado jerárquicamente por el equipo de investigación de una institución académica cualquiera” (p. 16). Revelarse ante los espacios epistemológicos constituidos, trastocar sus axiomas lingüísticos desde los que ejercen su función, y hacerlo a través de la mediación de la poesía conforman los objetivos del opúsculo.

A este sentir antiplatónico, en un primer momento negador del primado de la idea sobre la materialidad, se le une el proceso del respeto y uso de la diferencia: “Contra Platón, sostengo que esta ciencia no hay que buscarla en la dialéctica, sino en la poesía: la praxis con la que se intenta, de algún modo, ensamblar lo que es separado al advertir tanto las diferencias que constituyen las cosas como las semejanzas que hay en una multiplicidad de elementos que solo aparentemente están incomunicados entre sí” (p. 87). Esta es la esencia poética que reivindica la geometría radical, la que se acerca a lo indescriptible, a lo que se escapa, y así siempre el intento es lo primordial, un continuo movimiento que más que uniformemente funciona a bandadas aleatorias. Encuentro en esa esencia consagrada algo que sí responde a la tradición platónica, y que era la obsesión del griego por no denominar, precisamente, aquello que servía de sustento y posibilidad de los entes, y que recaía en la idea misma: “En todo caso, al convertirlo en cosa el espacio deja de ser, precisamente, soporte de la realidad porque lo que soporta no puede él mismo ser lo soportado” (p. 117).

El auspicio de la poesía como hoz que sega espacios bien afincados posee un matiz, a mi modo de ver, fundamental, y que responde a su naturaleza descoordinada (o mejor: fuera de toda coordenada fija), trémula en un no-lugar, desangelada de motivaciones o fines: su “privilegio del ahora” abre una experiencia “inaudita” del ser (p. 141). Su única salvaguarda consiste en que no es ni puede ser un *espacio*, sino que se modela como puro momento; la virtud del tiempo, el más allá de la propia funcionalidad porque lleva aparejada el momento de la emoción, tal y como Dámaso Alonso pensó de la palabra poética a la hora de descubrir la esencia humana. El libro concluye con una lista, a modo de corolario, en las que incluye las acciones y visiones

de la geometría radical: *desrepresentar*, tal y como la poesía procede a torpedear las equivalencias lógicas; *desregular* hábitos e ideas preconcebidas, permeadas desde el espacio dominante; *contrarrestar* el poder, y ejercer de contrapoder sin querer convertirse en uno; *descapitalizar* el capital; *desfilosofarse*, en definitiva. Un corolario de pulsión destructiva, como se aprecia.

Por lo demás, la geometría radical apunta a otros problemas, a otras vías espaciales todavía vírgenes. “Se dirá que lo logrado es poca cosa, y se dirá bien” (p. 156): y es que sería una decepción a estas alturas encontrar una letanía de procederes y saberes derivados, seguridades y convicciones que solo amparan a quienes están bien cómodos a la lumbre de las ciencias positivas o los sucedáneos científicososociales.

Por último, me gustaría recalcar en lo que el autor deseaba ofrecer con el diagnóstico del ensayo: bruma más que claridad, vaivenes en los axiomas, inciertos caminos, reposo incómodo. Tal objetivo, sin embargo, no queda del todo cumplido. No, al menos, si el receptor es el personaje desventurado que somos o conocemos bien: joven investigador, becario *ad infinitum*, *rider* de amplio zurrón en la espalda: para todos estos y otros tantos sujetos, el panorama descrito son los espacios en los que desenvuelven su precaria existencia, junto a verdaderos tramos de miseria. Quizás ellos, en todo caso, puedan asumir rasgos programáticos acotados como conclusión final del ensayo, y hagan de este libro lo que en realidad está concebido para ser: un estruendoso pistón para la acción social.

Juan Carlos Sales Sanahuja
Universitat Jaume I